



Cuadro I.

Themis, Sra. MESA Zarandillo, Sr. ALONSO Galena, Sra. CALVÓ

EL TRUST DE LAS MUJERES

Humorada en un acto, dividido en tres cuadros, libro de los Sres. Asensio Más y Capella, música del maestro Jerónimo Jiménez, estrenada en el teatro Salón Regio.

EL título de la nueva obra de Asensio Más y Jacinto Capella, con música del maestro Jerónimo Jiménez, estrenada en el Salón Regio, es verdaderamente alarmante.

¿Para qué podrían las mujeres formar un *trust*, aun cuando un *trust* no sea precisamente una Sociedad de resistencia, si no fuese para defenderse de los hombres, ó para ir denodadamente contra ellos?

Claro que este *trust*, llamémosle asociación para entendernos más fácilmente, no podía ser de resistencia tratándose del sexo débil; pero sí podía ser de ataque, porque sabido es que la mujer cuenta con poderosas armas para vencer al hombre, y esas armas femeninas son de efectos más seguros que cuantas puede idear la ciencia balística y destructora que produjo máquinas de guerra y explosivos, capaces de volar una ciudad, destruir un ejército ó echar á pique un barco, merced al certero disparo de un proyectil.

Son ellas más certeras y disponen de proyectiles y de máquinas más infernales y maquiavélicamente manejadas que las de los hombres, y como esto lo sabemos todos, de aquí el espanto que había de poner en nuestro espíritu el anuncio de un *trust* femenino, es decir, de una asociación que necesariamente había de tener por objeto principal el aniquilamiento, la destrucción del sexo denominado fuerte, hasta ahora.

Hasta ahora, sí; porque si lo del *trust* fuera verdad, si las mujeres constituidas en *trust* contra los hombres vencieran en su empeño, dejaríamos nosotros de ser los fuertes y lo serían ellas, y el mundo cambiaría totalmente al reformarse las costumbres en el sentido en que habrían de reformarse.

Las leyes que nosotros hicimos procurando que quedara de nuestro lado la parte ancha del embudo, serían totalmente contrarias; es decir, que la parte ancha sería la de ellas, y excuso decir á ustedes qué íbamos á hacer los pobres hombres, sometidos á la estrechez que ellas han padecido hasta ahora.

Sería verdaderamente horrible... ¡Harían con nosotros verdaderas atrocidades! Nos reducirían á la condición de siervos de su voluntad soberana y de sus caprichos tiránicos. Tendríamos todos los inconvenientes de su sexo, sin ninguna de sus ventajas, porque como de aspecto físico no podrían cambiarnos, resultaríamos indefensos por carecer de la única fuerza de que ellas disponen, de la belleza, á la que se deben los mayores triunfos, las más grandes conquistas, las más imperecederas glorias que han alcanzado en este mundo.

Y no digamos nada de lo que ocurriría si este *trust* tuviera ramificaciones, si se constituía en todas partes y de uno á otro confin quitaban las hembras el timón del brazo masculino para gobernar ellas el mundo con sus le-



Cuadro II

Cancanista, Sra. CALVO

yes y sus antojos. Todo lo existente concluiría ó cambiaria de aspecto, y en menos de un año el mundo sería otro, caso de que existiera, porque es posible que el afán destructor las impulsara á aniquilarlo por el sólo hecho de pertenecer al género masculino.

Afortunadamente, el teatro no es siempre una exposición de costumbres, donde se exhiben fieles pinturas de la vida, ni una tribuna, desde la cual se predica contra los males ó los vicios.

Alguna vez los autores que para él escriben, dejan volar su fantasía por las regiones de lo imaginario ó de lo imposible, y nos presentan pintorescos cuadros de una existencia fabulosa, sin otro objeto que sustraer nuestro espíritu á las preocupaciones del vivir agitado y turbulento en que se agostan nuestras energías y se consume nuestro organismo.

Y este móvil generoso es el que, sin duda, guió á los autores de *El «trust» de las mujeres* al escribir la obra cuyo anuncio, en grandes tiras, que hacían destacar en gruesos y rojos caracteres el título de su producción, puso espanto en nuestro espíritu.

No se trataba de un aviso amenazador, de una noticia estúpida. Ese terrible *trust* era solamente producto de una expansión imaginativa de dos autores que pretendían distraernos con las situaciones altamente cómicas á que se

prestaba el supuesto de que las mujeres, dueñas del mundo, gobernasen á su capricho.

Y á eso se reduce la obra y eso es en realidad. Después de verla puede uno dormir tranquilamente, seguro de que hoy por hoy nadie nos arrebatara el cetro que victoriosamente venimos empuñando desde que nuestro glorioso padre Adán fué arrojado del Paraíso.

Los señores Asensio Más y Capella necesitaban escribir una obra que, por su título, por su índole y por el reparto que podría tener en la compañía del Salón Regio, constituyera un poderoso atractivo para aquél.

El «trust» de las mujeres resolvía el primer propósito. Es un título sugestivo que atrae la atención; en cuanto á lo demás, con un asunto que diera ocasión á las primeras tipes Julita Mesa y Teresita Calvo para lucir sus condiciones artísticas y sus encantos naturales, y al sastre para realizar esos encantos dejándolos adivinar, ya que no ver entre los pliegues de las sedas y de las gasas, también quedaba favorablemente resuelto.

Cuando se estrenó *El «trust» de las mujeres* vióse que los autores no se habían equivocado.

Con lo que sirvieron al público, éste pasó agradablemente la velada, encontrando ocasión para reírse y para aplaudir, y salió satisfecho del espectáculo.



La bella Luz, Sra. CALVO

como recién llegados de su localidad, y dispuestos por obra y gracia de los autores a sufrir toda suerte de contratiempos que, amargando su vida, regocijen al auditorio.

Las niñas le toman por su cuenta, y quieras que no, le someten a un interrogatorio y a un reconocimiento, ambos facultativos, obligándole después a realizar diferentes ejercicios para asegurarse del estado de su salud. Claro que entre estos ejercicios se cuenta un baile higiénico, con posturas y agitaciones de machicha, que al propio tiempo que dan ocasión a que el joven demuestre su vigorosa constitución, permiten a las niñas lucir su gracia y los encantos que ocultaban bajo las togas.

Después la mamá, queriendo dar a conocer al joven la organización del famoso *trust*, llévalo al local donde tiene instaladas las principales dependencias.

En las inmediaciones comienzan a sorprender al visitante los progresos de aquella institución femenina.

Ofrécenle sus servicios dos bellas *cocheras* que han venido a sustituir en la nueva organización a los anties-téticos conductores de los carruajes de punto.

Las *simonas* son evidentemente un progreso, aunque en honor de la verdad, la elevación al cargo no representa una positiva ventaja para las que lo desempeñan.

También se le ofrece una linda pareja de orden público, que al incauto joven se le antoja lo menos a propósito para guardar el orden, a juzgar por los deseos que le acometen de faltar a la pareja.

Y luego, en el local del *trust*, hay para volverse loco



Telefonistas, Sra. MESA y Sra. CALVÓ

cuando no se posee una gran tranquilidad de espíritu y se viene de una provincia de segundo orden sin la conveniente preparación.

Zarandillo contempla con el mayor de los asombros unas bellas floretistas que manejan el arma mejor que Pini, y sintiéndose con el deseo de hacer pinitos dispónese a coger un florete y a tirarse a fondo.

Luego se le presenta una cancanista, cuyo sugestivo can-canero hácele perder el equilibrio; después una granadina que quita el hipo, no solamente con sus hechuras y su gracia, sino también con la tirada de versos en que pinta las alegrías y encantos de su tierra, y por último, unas telefonistas de última hora acaban por atolondrarle.

La obra concluye, porque el buen Zarandillo no se siente con fuerzas para presenciar más progresos.

Música alegre y graciosa, como de Jerónimo Jiménez, cuya inspiración es inagotable; trajes vistosos, bailes, cuplés y movimiento, han de ser factores suficientes para entretener y deleitar al público durante una hora, que es lo que se propusieron los autores.

En la interpretación destacaron Julia Mesa y Teresita Calvó, para cuyo personal lucimiento está confeccionada la obra, y en segundo término los señores Díaz y Alonso.

El *trust* de las mujeres es hasta ahora el éxito mayor de la actual temporada en el Salón Regio, y seguramente ha de proporcionar a la empresa grandes utilidades.

Juan de la Caba



Cuadro III.

Tiradoras de florete.

Foto. Franzen.

Que la crítica se-
vera no se mostró con-
forme, como suele
ocurrir frecuentemen-
te, y que, discrepando
de la opinión del pú-
blico, encontró la obra
ligera, superficial, po-
co literaria? Bueno.

Al público le in-
teresa poco la opinión
de la crítica, y va á
ver las obras que le
divierten, aunque los
sabios del escabelo
aseguren que es anti-
literaria, antiartística
y anti-pática.

Además, les hace
poco caso desde que
la experiencia le ha
convencido de que, no
obstante esa severi-
dad para juzgar algu-
nas obras, tienen una indulgencia lindante en el servilis-
mo para otras, que suelen ser las de sus compañeros y
amigos.

En este caso, como en muchos, aunque la crítica haya
encontrado la obra demasiado deleznable para merecer
un juicio detenido, el teatro se llena, el público ríe, los
artistas escuchan aplausos, la empresa agota el papel de
la taquilla y los autores aumentan sus ingresos.

— Y del argumento, ¿qué? — dirá el que lea.

Pues del argumento poco hemos de decir, porque en
esta índole de obras el argumento es lo de menos.

Pero lo hay.



Cuadro III. Don Matilde, Sr. DIAZ Zarandillo, Sr. ALONSO
La Granadina, Sra. MESA

Se trata de un
matrimonio con dos
hijas.

En este matrimo-
nio los papeles de am-
bos cónyuges están
invertidos; esto es: la
señora ejerce las fun-
ciones propias del je-
fe, y el marido es un
Juan Lanás, que com-
parte con la sirviente
las faenas domésticas.

En tanto que él
cuida de que las cosas
estén en orden, de que
la comida esté á pun-
to, de que la criada no
sise, la esposa frecuen-
ta los centros femeni-
nos y se consagra á
los negocios.

En cuanto á las
hijas de este nuevo ti-

po de matrimonios, tiene cada una su carrera correspon-
diente; visten la toga hasta para andar por casa, y natu-
ralmente no intervienen para nada en los prosaicos me-
nesteres del hogar.

La señora, con otras compañeras, infatigables propa-
gandistas de la emancipación femenina, ha fundado un
club disolvente que se denomina *El «trust» de las mujeres*,
y al que están afiliadas cuantas comulgan en las nobles
ideas de volver el mundo del revés.

Una vez expuesto lo que antecede, llega al ventu-
roso hogar de esta familia un primo de las jóvenes. Creo
que es un primo, aunque no me atrevería á asegurarlo.

Es este joven tan inexperto y tan infeliz como cual-
quiera de los que en las comedias suelen presentársenos



Cuadro III. La Granadina, Sra. MESA Don Matilde, Sr. DIAZ Zarandillo, Sr. ALONSO